

Afganistán: ¿Buenos enemigos, mejores amigos?

KIT KLARENBERG :: 28/07/2023

El nuevo intento de Occidente de hacer buenas migas con los talibanes :: La política que funcionó maravillosamente bien en Afganistán contra el Ejército Rojo

El 18 de julio, el destacado legislador británico Tobias Ellwood publicó en Twitter un vídeo muy polémico en el que elogiaba la gestión talibán de Afganistán.

Describiendo el país como "transformado" tras el regreso de los talibanes al poder sin oposición en agosto de 2021, Ellwood declaró con entusiasmo que "la seguridad ha mejorado enormemente, la corrupción ha disminuido y el comercio de opio prácticamente ha desaparecido", mientras paseaba torpemente por Kabul. A continuación, observó "una calma en el país que los ancianos locales dicen no haber experimentado desde la década de 1970":

"Tras la dramática salida de la OTAN, ¿debería Occidente comprometerse ahora con los talibanes? Rápidamente se aprecia que esta nación cansada de la guerra está aceptando por el momento un liderazgo más autoritario a cambio de estabilidad... Nuestra estrategia actual de gritar desde lejos... no está funcionando".

El vídeo suscitó la indignación y el ridículo a partes iguales de una gran variedad de fuentes dentro y fuera de Internet. Tal fue la reacción que Ellwood borró rápidamente el vídeo y emitió un mea culpa adulador, aunque el daño ya está hecho, y algunos de sus colegas parlamentarios se están movilizando ahora para destituirlo de su influyente puesto en la comisión parlamentaria de Defensa.

Evidentemente, el mundo occidental no está ni mucho menos dispuesto a aceptar a los talibanes como algo más que el enemigo. No obstante, los comentarios de Ellwood seguramente representan una perspectiva generalizada, aunque todavía no articulada, en los centros de poder occidentales. Se suele olvidar que en las semanas previas a la caótica retirada tras la derrota de la OTAN, el jefe del ejército británico, el general Nick Carter, instó "al mundo" a "esperar y ver" cómo los talibanes -a los que apodó "chicos de campo con un código de honor"- gobernarían Afganistán por segunda vez:

"Tenemos que ser pacientes, tenemos que mantenernos firmes y tenemos que darles el espacio necesario para formar un gobierno y tenemos que darles el espacio necesario para que muestren sus credenciales. Puede que este Talibán sea un Talibán diferente al que la gente recuerda de los años noventa. Puede que descubramos, si les damos el espacio necesario, que este talibán es, por supuesto, más razonable".

Carter fue, como Ellwood, puesto en la picota por su intervención, tachado de apologista de los talibanes y cosas peores. Sin embargo, desde la perspectiva de Washington, Londres y Bruselas, esa postura tiene todo el sentido del mundo. Al fin y al cabo, Afganistán no dejó de ser una de las piezas geopolíticamente más importantes de la Tierra cuando EEUU y sus vasallos internacionales huyeron del país con el rabo entre las piernas.

Irónicamente, que a Occidente no le importa quién o qué gobierne Afganistán, siempre y cuando sus intereses se vean favorecidos por el camino, quedó ampliamente demostrado con el primer intento de los talibanes de gobernar el país. Fue precisamente por esta razón por la que EEUU ayudó al grupo a llegar al poder en primer lugar.

Mucha sharia

El colapso de la Unión Soviética en diciembre de 1991 abrió a la explotación extranjera la inmensa riqueza petrolífera y gasística de Asia Central, que durante tanto tiempo Occidente había mirado con lujuria. Como observó en 1998 el futuro vicepresidente Donald Rumsfeld, entonces director ejecutivo de Halliburton, el gigante energético y notorio especulador de la guerra de Irak:

"No puedo pensar en un momento en que hayamos tenido una región que haya surgido tan repentinamente para convertirse en tan estratégicamente importante".

Sin embargo, la extracción de estas vastas riquezas era problemática. Transportar petróleo y gas a través de Rusia resultaba caro, debido a las elevadas tasas de tránsito impuestas por Moscú. Las sanciones impuestas por EEUU a Irán penalizaban directamente el transporte de recursos a través de sus fronteras. Ninguna de las dos barreras existía en el cercano Afganistán. El país era un yermo desprovisto de infraestructuras, apenas gobernado por una constelación de señores de la guerra enemistados y grupos extremistas armados.

Sin inmutarse, representantes de la petrolera estadounidense Unocal viajaron a Asia Central en 1995 para realizar estudios de viabilidad. Llegaron a la conclusión de que Afganistán sería la opción mejor y más barata para saquear las abundantes riquezas energéticas de la región, si se instalaba en Kabul una fuerza de gobierno al menos relativamente estable. Entonces podría construirse un oleoducto de mil millas de longitud, capaz de transportar un millón de barriles diarios.

Los ejecutivos de Unocal proporcionaron la información obtenida en estas visitas a la CIA y abrieron una oficina en Kandahar al año siguiente. No cabe sino preguntarse por el papel desempeñado por la empresa, y las agencias de espionaje estadounidenses, en la toma de control concomitante por parte de los talibanes. Un informante de la Agencia de Inteligencia de Defensa estadounidense que visitó Kabul en aquella época, fue informado por numerosas fuentes bien informadas de que el éxito del grupo dependía de la ayuda exterior.

Una vez que los talibanes estuvieron a salvo, las fuerzas de seguridad internas de Unocal y la CIA proporcionaron al grupo armas e instructores para mantener su control del poder. Además, Unocal presionó al gobierno estadounidense para que reconociera al grupo como gobierno legítimo de Afganistán, contratando para ello a numerosos ex funcionarios de alto nivel. Entre ellos se encontraban Henry Kissinger y Zalmay Khalilzad, un veterano del Departamento de Estado fundamental para aumentar el apoyo de Reagan a la guerra de los muyahidines contra el Ejército Rojo en la década de 1980.

En octubre de 1996, Khalilzad escribió un artículo de opinión para el *Washington Post*, en el que exigía a EEUU que "volviera a comprometerse" con Afganistán y rechazaba cualquier sugerencia de que los talibanes fueran una fuerza extremista, debido al "interés común"

entre Washington y el grupo. No se mencionó su papel en Unocal. Este claro conflicto de intereses tampoco influyó en la cobertura mediática de su nombramiento como enviado especial de EEUU a Afganistán en enero de 2002.

Mientras tanto, miembros de los talibanes volaron a Texas para reunirse con ejecutivos de Unocal a finales de 1997. Los relatos de la visita son bastante surrealistas. El grupo se desplazó a un zoo, al centro espacial de la NASA y a una tienda de Target para ir de compras, antes de retirarse a las casas palaciegas de los jefes de la empresa. Allí jugaron al golf y retozaron en piscinas privadas, dándose un festín de carne y arroz halal, regado con Coca-Cola.

Los talibanes regresaron a Afganistán con una serie de regalos de Unocal, incluido el compromiso de invertir un millón de dólares en la formación de afganos para la construcción del oleoducto. Washington estaba dispuesto a reconocer al grupo, a pesar de la creciente indignación internacional por su trato a las mujeres y su interpretación extremadamente dura de la sharia. Como explicó entonces un alto diplomático estadounidense:

"Los talibanes probablemente se desarrollarán como lo hicieron los saudíes. Habrá Aramco, oleoductos, un emir, ningún parlamento y mucha ley islámica. Podemos vivir con eso".

Un cambio tectónico

Esta actitud indiferente cambió radicalmente en agosto de 1998, cuando las embajadas de EEUU en Kenia y Tanzania fueron atacadas simultáneamente por terroristas suicidas de Al Qaeda, matando a más de 200 personas. Washington respondió con ataques con misiles de crucero contra Afganistán, acusando a los talibanes de dar cobijo a los líderes del grupo terrorista. En diciembre de ese año, Unocal se retiró por completo del proyecto del oleoducto y puso fin a sus operaciones en Kabul.

Sin embargo, en 2005, el oleoducto volvió a estar sobre la mesa, en forma del oleoducto Turkmenistán-Afganistán-Pakistán-India (TAPI). Al parecer, los funcionarios estadounidenses lo apoyaron decididamente, porque, como antes, permitiría a Asia Central exportar energía a los mercados occidentales "sin depender de las rutas rusas". Sin embargo, el proyecto volvió a estancarse finalmente, debido a una situación de seguridad siempre volátil.

El mencionado Zalmay Khalilzad, en septiembre de 2018, se convirtió en Representante Especial de EEUU para la Reconciliación de Afganistán, liderando las conversaciones de Trump con los talibanes. Fue condenado por la rápida reconquista del poder por parte del grupo en 2021 tras derrotar a Occidente -pero no se pudo detectar entre las críticas ninguna referencia a su época como lobista de Unocal, y mucho menos una discusión sobre cómo los intereses energéticos se entrecruzan tan íntimamente con la política exterior estadounidense.

Es muy posible que Khalilzad, aunque a su pesar, haya sentado explícitamente las bases para la rápida reconquista de Kabul por los talibanes. Graham Fuller, ex director adjunto del Consejo Nacional de Inteligencia de la CIA, explicó ampliamente en 1999 los motivos de tal

capitulación:

"La política de guiar la evolución del Islam y de ayudarles contra nuestros adversarios funcionó maravillosamente bien en Afganistán contra el Ejército Rojo. Las mismas doctrinas pueden seguir utilizándose para desestabilizar lo que queda del poder ruso, y especialmente para contrarrestar la influencia china en Asia Central."

Al Mayadeen English

<https://www.lahaine.org/mundo.php/afganistan-ibuenos-enemigos-mejores-amigos>